



0851

De la Santa a la Poeta



Andrés Sabella

1912

Miramos el calendario y el 29 de marzo nos sorprende con una santa que ni siquiera tocó una línea del "Flor Sanctorum": santa Gladys. Inmediatamente nos llega un nombre de hermandad: Gladys Thein. No una santa. Pero sí una poeta de hondores que, desgraciadamente, va siendo echada al fuego del olvido por quienes trabajan nuestras antologías. De verdad, duele comprobar cómo poetas del rango de Tegualda Pino (Gladys Thein) se disuelven en nada, habiendo ganado el respeto a su poesía por la calidez y calidad de sus libros. Del suyo "Territorio del Fuego" (1947), recordamos esta estrofa, como un ala premonitoria sobre sus días:

"Toda soy yo, pero no soy yo misma,/ toda soy yo, pero me estudio y pienso,/ que este existir de huesos y de olvidos,/ que este conjunto de estudiada muerte,/ sólo alcanza a mi sombra y a su oído".

Conocimos a Gladys Thein, en 1932, por una presentación de Oreste Plath. Recién publicaba "Corolas de Cristal". Era el otoño. La tarde que conversamos, una oscura tarde de domingo, continuó hasta que, un día, nadie supo decirnos cuál era su último camino. Aún ahora lo ignoramos. De su poema "De las pequeñas muertes" alzamos estos versos: "Y las pequeñas muertes circundándonos, ¿Qué somos? ¿Dónde estamos?/ ¿Y este fragor de gritos estrangulados en la noche?" Las membranas de la muerte la rozaban. Su libro "Poesía" (1950), concluye con esta ansiedad: "Ay, déjame dormir, cierra mis ojos,/ vacía en ellos la noche para siempre".

Trabajó junto a Domingo Melfi, en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional. Por las mañanas, después de ojear el Código Civil, los visitábamos para la charla que solemnizaban las piezas de la imprenta que Mateo Arnaldo Hoevel trajo a Camilo Henríquez para su prédica de Libertad. Cortésmente, aparecía Ovidio Peralta con las tacitas de café. Sonreía don Domingo, colocando su diestra tras de su cabeza, su costumbre más alta. Gladys, a veces, nos leía un poema. Don Domingo afirmaba que en su poesía había "un bullir de aguas profundas". Escuchémosla:

"Quiso mi soledad tender raíces,/ y entre mi sangre de apretadas mieses/ quiso la frágil rosa hacer morada".

Su voz era suave, como disculpándose de sonar. Morena y firme, en sus ojos parecían cobijarse distancias y tristezas que, únicamente, ella conocía. Hija de Curicó, profesora de Castellano, no se preocupó de la patria. Su poema "Chile, yo diré entonces" resuena, como un himno de amor y de esperanza:

"Tal vez nadie me entienda; pero habré de gritarles:/ ¡Hubo una vez un pueblo, milagro de la Tierra!"

El nuestro, con su "acento de metales" y su "blandura de trigos".

Los conceptos de los columnistas representan su propio pensamiento y son de su exclusiva responsabilidad

Los últimos Motivos. sept. 30-11-89. p. 9

De la Santa a la poeta [artículo] Andrés Sabella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sabella, Andrés, 1912-1989

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De la Santa a la poeta [artículo] Andrés Sabella. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile